

# UNA LITERATURA ANTROPÓFAGA CON MARÍA CÁNDIDA FERREIRA

---

**Conferencista:** María Cándida Ferreira

**Moderador:** Carlos Jaime Fajardo

**Relator:** Andrés Manrique

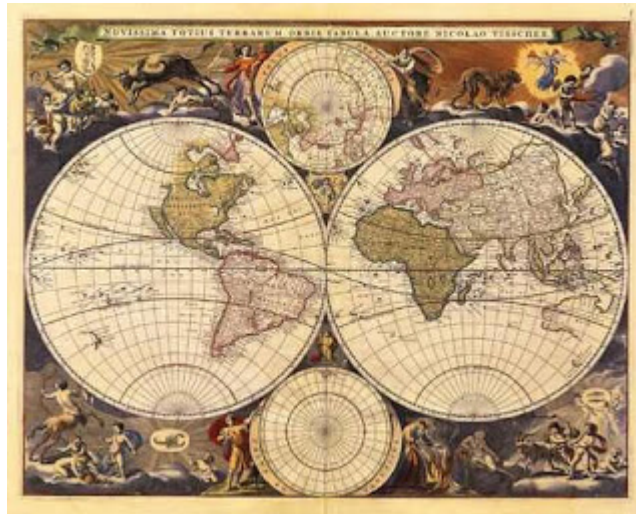


Ni la lluvia ni el difícil tráfico capitalino de inicios de octubre impiden que la profesora María Cándida Ferreira arribe a Uniandinos para dar su charla “Una literatura antropófaga”. María Cándida trae preparada una conferencia en la que se propone tratar la imagen del caníbal desde sus inicios, que datan del ‘descubrimiento’ y la colonización de las Américas, hasta su desarrollo en las vanguardias brasileñas. Ferreira, quien se hizo merecedora de un doctorado de la Universidade Federal De Minas Gerais en 1999, y quien además ha sido por varios años profesora de la Universidad de los Andes, es la persona idónea para guiar a nuestra audiencia a lo largo de un viaje en el que se exploran uno de los tópicos más relevantes e ignorados de la historia, la cultura y las letras latinoamericanas.



El origen de la imagen eurocéntrica del ‘caníbal’ dató de un momento previo a la llegada de cualquier europeo moderno a las Américas, e incluyó múltiples procesos de lectura y escritura. Cristóbal Colón (1436/1456-1506), quien organizó en nuestro territorio dichas concepciones de los americanos, basó su revisión en lo que había leído en los escritos de Marco Polo (1254 - 1324). De la suma de la indagación de Colón por el Gran Kan, el emperador supremo de los mongoles del que hablaba Polo, con las respuestas con que los nativos aludían a la supremacía de las tribus Caribes, resultó la idea de que el nuevo continente estaba poblado por aborígenes indómitos que consumían carne humana.





Sin embargo, Colón también formuló una imagen alterna del indígena: la del 'buen salvaje' que a pesar de su mansedumbre requería la intervención santificadora de la iglesia, por carecer de fe y de ley. Así, Colón inauguró en 1492 dos de las que luego habrían de constituir las más notables imágenes de nuestra identidad en Hispanoamérica: el siervo ingenuo y el rebelde apátrida. Aquella narrativa, que también podría considerarse el mayor montaje teatral de la historia, solo hubo de titularse en 1504, con la publicación del "Mundus Novus" de Américo Vespucio. El texto de Vespucio selló la imagen de un nuevo continente orientalizado y también inauguró una nueva identidad europea, violenta en sus inicios y cada vez más conflictiva y dominante.



Por Europa se extendieron múltiples respuestas a publicaciones como las de Vespucio. Michel de Montaigne (1533-1592), afamado intelectual que goza de la fama de ser el primer ensayista de la historia, criticó la concepción de barbarie eurocéntrica



y postuló que ésta correspondía más al estado del viejo continente que al del nuevo. No obstante, la dicotómica concepción de los aborígenes americanos que comprendía al siervo y al caníbal como únicas maneras de concebir a los americanos se expandió por Europa. Del mismo modo, en tanto que a la narrativa del buen salvaje correspondió la idea de que el nuevo territorio era un paraíso en la tierra habitado por hombres y mujeres menores de edad a perpetuidad, a la imagen del caníbal ataño la figuración de un panorama infernal en el que incluso la niñez era corrompida por una iniciación temprana en la antropofagia. El acto de devorar humanos, una monstruosa inversión del rito católico de la comunión, empezó así a figurar en bestiarios de diversas índoles en los que se catalogaban las maravillas y los horrores del Nuevo Mundo. En medio de a todo aquel proceso, la fe católica respondió álgidamente, pero los encargados de dirigir tales rutinas de conversión no fueron en la mayoría de los casos los órganos eclesiásticos. Con la excusa de la civilización de los pueblos aborígenes, particulares como Francisco de Pizarro (14781-1541) se vieron legitimados a ojos del clero para emprender fines colonizadores, en ocasiones con consecuencias devastadoras.



En ese contexto, la existencia del canibalismo se incorporó a luchas que involucraron intereses marcadamente terrenales. Fue así como los indios tupís se aliaron con los colonizadores portugueses y empezaron a devorar a los indígenas que habían aceptado servir a los colonos franceses. Aquel panorama, ya de por sí difuso, se hizo más complejo con la posterior importación de esclavos africanos por parte de colonizadores holandeses. De ese modo, la antropofagia se incorporó a las pugnas coloniales y se transformó, tanto en el sentido cultural como en el material, en un



arma más del arsenal europeizante. Las premonitorias intuiciones de Montaigne sobre la barbarie europea colonialista resultaron plenamente justificadas.

El texto sobre el naufragio de Alfonso de Albuquerque (1453-1515), de Bento Teixeira, hace parte de esas rutinas de legitimación y de intercambio. Por una parte, en este escrito, la antropofagia se presenta desde el lado de la realidad colonizadora. Por otra, la naturaleza mítica del texto nos deja ver que la colonia portuguesa no vino acompañada del sistema de construcción de conocimiento que atrajeron los jesuitas que ocuparon buena parte del territorio hispánico. De ese modo, allí se forjó un espacio pleno de una cierta conciencia fantástica que heredó a las generaciones porvenir. Muchos años después, Mario de Andrade (1893 - 1945) y Oswald de Andrade (1890 - 1954), ambos notables poetas e intelectuales brasileños, habrían de fundar en la vanguardia de la escritura antropófaga respuestas a tales hábitos culturales.



*Tupi or not tupi*, el lema antropófago por excelencia, se erigió como el más importante gesto de aquellas vanguardias: exaltado e irónico, reformuló el lugar que la barbarie podía ocupar en la cultura, y la Semana del Arte Moderno fue el espacio para ello. El diálogo constante con la historia, la multiplicidad de puntos de vista, la ruptura con los paradigmas de la tradición estética y la revisión crítica de la construcción de la identidad nacional, fueron también valores indispensables para la nueva tendencia artística. Asimismo, la unión en torno a la naturaleza periférica compartida por las Américas dio sentido a un conjunto de nuevas rutinas artísticas y culturales que respondieron a la violencia histórica que recayó, con notable fuerza, en la población brasileña. Son estas unas rutinas de las que Ferreira se declara crítica, heredera y de las que es, sin embargo, una gran abanderada.



